

La isla del tesoro

Episodio 18. Negligencia

Locutor: El relato que estás por escuchar surge de un sueño, y un fenómeno ficticio en él.

En 1987, en el Pacífico Sur, fue descubierta una isla no explorada ni registrada hasta entonces. La isla tenía vestigios de haber sido ocupada por un grupo numeroso de personas.

En distintos lugares se encontraron curiosas libretas con una especie de bitácora escrita. El contenido estaba fechado, extrañamente, *en 2020*.

Narrador: *¿Qué es un acuerdo?*

¿Qué es la negligencia? ¿Una omisión consciente?, ¿un descuido por impericia?, ¿dejar de cumplir un acto que el deber funcional exige, dañando con ello a alguien más? ¿Indolencia, apatía, desidia o irresponsabilidad en el actuar?

Pudimos, por mucho tiempo más, no saber nada de la existencia de nuestros vecinos al oriente de la isla.

Pudimos tampoco saber de cangrejos cocoteros, de zorros voladores, o de cocodrilos marinos.

Y pudimos no saber nunca de la llegada del buque, de la forma en que sus tripulantes arrasaron con las personas que aún quedaban del naufragio de los Christian.

La muerte de Sabino Díaz desató una gran cantidad de acontecimientos y de hallazgos. En algún sentido nos abrió los ojos, en algún sentido develó una muralla de misterios que ocultaba muchos más.

Hace poco, una extraña confesión de don David, instado a hablar por su hermana Isabel, puso nuevamente en jaque la conciencia de todos.

Hace dos semanas que nuestros exploradores Neri Téllez y Olimpia Arriaga fueron enterados por Lester Taylor de las raras especies al otro lado de la muralla de piedra.

Al margen de lo que el vigía les dijo, de por sí muy extraño, Olimpia notó que Lester se comportaba de manera azarosa, como si quisiera ocultar algo. Con sus pasos describía círculos externos, como para desviar la mirada de sus interlocutores; hacía más ruido del necesario, como para enmascarar algún sonido; hablaba alto, como pretendiendo ser oído más allá de luz en la caverna donde pernoctaba.

Una semana después, Neri y Olimpia le llevaron algunas prendas y cacharros. Esta vez, Neri confirmó lo que Olimpia había observado. Y también notó pisadas que no podían ser del guardia de oriente, sino de una persona mucho más menuda que él. Y ambos notaron un vaso de bambú semi vacío, junto al de Lester.

Por su emplazamiento en la cresta pedregosa, hubiera sido muy difícil regresar a espiarlo sin ser notados, así que emprendieron el camino a la aldea mirando de frente, *para no levantar sospechas de sus sospechas.*

Los hermanos Isabel y David Rendón eran comerciantes en Continente. Isabel es soltera, de no más de 45 años. David es viudo, de poco más de 50. Ambos preparaban la tierra con Nahuel, Pablo y Anselmo el infausto día del homicidio.

Don David había cubierto varios turnos de vigía en el faro por espacio de un mes; terminó días antes de los funestos hechos.

Isabel se apersonó con su hermano en una reunión del Consejo, y nos dijo que él no había podido casi ni dormir desde que vio a Sabino inmóvil en las piedras de El Faro.

Después de la tragedia, la memoria humana suele poblarse de augurios y señales. Como si creyera que hubiera podido hacer algo para evitar la muerte de Sabino, David se sentía en parte responsable.

Titubeante, pero convencido de hablar, más por necesidad propia que por insistencia de Isabel, comenzó a narrar su propia historia.

Diez años atrás vivía con su esposa y su hija en la casa que albergaba su pequeño almacén. En ese entonces, Isabel sólo iba de visita. Y fue ella quien le avisó que debía reparar los goznes del enorme portón de madera de la tienda. Estaban viejos, oxidados y torcidos. Pasaron meses, y Don David no lo hizo.

Una tarde, tras mal cerrar, se fue a surtir forraje para la venta del día siguiente. Al regresar encontró el portón en el suelo, su esposa sin vida, la caja registradora vacía y su hija, Lourdes, malherida.

Entonces la llevó a un médico cercano, quien, “más borracho que una cuba”, no hubiera podido prestar a nadie los primeros auxilios. Ni siquiera los santos óleos.

David llevó a la joven hasta el hospital del poblado vecino, donde una hora después le dijeron que Lourdes había muerto. No había sangre con qué transfundirla, pues el administrador del hospital no la había pedido al banco de sangre. Además, ese día la cirujana llegó muy tarde, sólo había practicantes, el quirófano estaba sucio, la enfermera tenía dos días sin dormir. Nadie le dijo a David que su hija necesitaba una transfusión sanguínea.

La otra parte de la historia ocurrió en la isla, cuando, siendo vigía, vio, o creyó ver a su hija, a Lourdes, corriendo por detrás de la

primera línea de árboles en torno a El Faro. La vio caer en una trampa para jabalíes, la liberó y sin decir nada, con copiosas lágrimas escurriéndole por el rostro, puso una caricia con el dorso de su mano en la mejilla de la joven, para después verla correr, perdiéndose en la espesura.

Lo contó en absoluto secreto a Isabel, temiendo estar volviéndose loco, o estar muerto, o estar a punto de morir. Estaba seguro de haber visto a su amada hija, a su dolorosamente añorada hija.

A nadie más le dijo del encuentro, y cuando escuchó a otros vigías narrar fugaces avistamientos de un hombre harapiento, no quiso intoxicar más su ya bastante atormentada mente, de modo que su hija tornase en mera alucinación.

Así que a nadie más le dijo del encuentro.

Yo mismo interrogué al guardia del oriente, a solas y en su cueva. *No tuve que esforzarme mucho para que me contara lo que no nos había dicho antes.*

Entre los esclavos que naufragaron con los Christian había una adolescente, ayudante de cámara de la joven esposa del comerciante. Destacaba por su bondad y gentileza.

Lourdes Thomas, *que por extraña ventura justo así se llamaba*, fue de las primeras personas en huir cuando los náufragos se asentaron en la isla.

Lester Taylor también huyó, días después. A punto de cruzar el túnel bajo la muralla de piedra, perdió el conocimiento, pues no había comido en tres días, y de su pierna herida manaba abundante sangre.

Cuando recuperó la conciencia, Lourdes Thomas cuidaba de él; había puesto un emplasto en la llaga y le había vendado con girones de tela. Le alimentó y dio agua potable.

Lester no me lo dijo ese día, pero mi mente casi dio por hecho que quien robó las mochilas de nuestros exploradores el día del hallazgo de las esferas, había sido la señorita Thomas, por quien Lester sentía una intensa devoción.

Aunque ya no era necesario saberlo, Lester me confesó que tuvo que acabar con Sabino, furibundo, angustiado y enceguecido, no porque el vigía lo hubiera descubierto a él, si no a la joven Lourdes Thomas.

No bien acabó de decirme esto en su extraña variante del idioma inglés, cuando alguien se acercó.

Locutora: A saber, la red sonora de La Corte, presentó...

Narrador: La Isla del tesoro.

Locutor: No te pierdas el próximo episodio.